

El mar anaranjado

En Abjasia finalizaba el verano. En el año 1992 las hortensias florecieron muy temprano. Su suntuoso follaje de color verde claro inadvertidamente se transformó en blanco. Visto de cerca se parecía a un pelotón de nieve y hacía recordar al Leningrado invernal. En otoño sus inflorescencias se volvían rosadas, debido a su peso las ramas de tres metros de los arbustos se agachaban hasta el suelo. Allí nadie sabía el nombre científico de esas flores, pero su aroma, que en algo se parecía al de la vainilla o del jazmín, se retenía en la memoria. Los exuberantes sombreros blancos, formados por extravagantes pétalos sobre largos y fuertes tallos, a veces llegaban a penetrar por la ventana abierta y obligaban a aspirar su maravilloso aroma. Este se intensificaba con el frescor matinal que descendía de los cerros y que desalojaba el aire aterciopelado y tibio del mar.

Desde la ventana de una habitación pequeña del segundo piso de una casa de madera, que hace mucho no fue renovada su pintura, se veía un cerro de dos picos de la localidad de Sujumi. Hacia su cumbre, bordeando su base cubierta por cedros y árboles de la vida, se extendía una cinta azul del camino asfaltado, por el cual avanzaban con manchas de colores diversos, lenta y silenciosamente, los automóviles. A la izquierda, detrás de techos de diversos colores, se divisaba una angosta franja del mar azul-celeste, limitada por la línea del horizonte y el cielo blanco. Ese mar lentamente, cada vez más y más se llenaba con la luz agradable del sol matinal. Su rayo brilló

brevemente desde atrás del cerro, penetrando en la habitación que todavía no estaba ordenada. Al principio esa luz iluminó el respaldo doblado de una silla de madera con asiento de rejilla, después recorrió por la ropa descuidadamente tirada ahí, advirtiéndolo y deteniéndose luego sobre el rostro de una joven mujer que estaba acostada en la cama. Sus pestañas sensiblemente se estremecieron.

—¿Elenita, te has despertado ya? —preguntó el teniente de ojos celestes, con uniforme de marinero, acariciando cariñosamente sus cabellos rubios. En el rostro sereno y todavía casi dormido, de nuevo sus pestañas apenas se movieron—. Por lo que veo, te has despertado—, se dijo sonriendo el teniente.

El estaba sentado al borde de la cama de hierro y acariciaba con su mano los lugares en el rostro de la esposa dónde recientemente iluminó el rayo de sol. Para que no le hiciera cosquillas. Después se inclinó y la besó. Luego metió su mano debajo de la frazada y suavemente le acarició la pancita que ya se notaba bien.

—Qué pena que ahora ya no puedas comer cítricos. A nuestro amarradero la gente del lugar acercaron dos barcasas de mandarinas. Aunque no están bien maduras, pero son sabrosas. Almorzamos con mandarinas.

—¿Igor, por qué te has puesto el uniforme?— levantándose susurró tenuamente Elena—. ¿Es alguna fecha festiva?

—¡No, no es ninguna fiesta! Ayer por la noche en la región de Gagra, desembarcaron tropas georgianas. Te imaginas, desembarcaron bajo la bandera rusa naval con cruz azul de san Andrés. Tal como recibieron los buques el año pasado después de la separación, y no cambiaron nada. Quizás lo hicieron especialmente... Allí ahora está el ex-miembro del Buró Político. Quizás, hasta hoy día se imagina ser ministro de relaciones exteriores. El uniforme me puse, por si acaso...

—¿Qué significa, por si acaso?

—No significa nada. No te preocupes. Regresaré pronto, por la noche haremos un paseo en lancha a motor. El comandante nos prometió—. ¿Te acuerdas de Alexey? El vino a vernos la semana pasada—. El teniente se levantó rápidamente, giró el imaginativo volante y comenzó a cantar las estrofas de una canción popular: “El cielo anaranjado, el mar anaranjado, para-para, pa-pa-ra, para-para-pam...”. Igor se fue sin haber desayunado, y Elena continuaba disfrutando de la buena vida en la cama, además imaginaba la satisfacción que representaría el paseo en lancha al atardecer.

Elena e Igor se habían casado hacía un año. Después de recibir la daga y las estrellas de teniente del servicio médico, lo enviaron en comisión de servicios a Georgia para aprobar, en las condiciones de campo, un nuevo preparado medicinal. En esa época él estaba incorporado en la división militar fronteriza y continuaba, al igual que antes, vigilando las fronteras marítimas de la ex URSS. Elena se fue junto con el marido. Vivían en una pequeña habitación de una casa particular de dos pisos. De la casa hacia el mar los llevaba una calle recta llamada Avenida León, con hileras de diversas palmeras a los costados y hermosos laureles rosados. No hacía mucho la misma se denominaba Avenida Lenin. A dos kilómetros de allí estaba situado el amarradero militar con diversas lanchas, barcas y remolcadores. Hacia allí ya en el transcurso de dos meses todas las mañanas se iba Igor.

Como se necesitaba comprar algo para la cena, Elena resolvió ir al mercado central de Sujumi. Al principio ella esperó largo rato un autobús, pero como tardaba en venir, resolvió ir a pie hasta la Avenida Mir, luego giró a la izquierda, siguió caminando hasta la calle Carlos Marx. Después de caminar unas dos o tres cuadras, vio a un hombre muy agitado corriendo a su encuentro. El le dijo que el transporte no funcionaba y que en el mercado explotó una bomba y que había mucha gente herida y muer-

tos. Mientras ellos conversaban, el entorno como si se hubiera cambiado. A su costado corrieron alborotados los chicos de un jardín de infantes vecino, y detrás de ellos, corrían unas mujeres asustadas con bolsos o otros objetos.

Elena se detuvo. Sin haber llegado al mercado, resolvió regresar a la casa. El recorrido de regreso resultó muy largo y cansador. Había que caminar por los patios para evitar las barreras antitanques colocadas a los apurones, en unos y otros lugares aparecían personas armadas. Cerca de su casa, en el parque Lenin, también caminaban personas armadas.

Ese día, brigadas del ejército georgiano entraron en la ciudad Sujumi, pero en el Puente Krasny, las brigadas fueron detenidas por la milicia y personas armadas de la resistencia de Abjasia. Eso quedaba muy cerca de los amarraderos del puerto marino. En el cielo aparecieron helicópteros georgianos y desaparecieron en un instante, después de haber tiroteado el sanatorio militar y el edificio del Soviet Supremo. La radio, la televisión y los teléfonos dejaron de funcionar. No había electricidad. Por la ciudad corrieron rumores de que, de la cárcel de Sujumi, los georgianos dejaron en libertad a todos los delincuentes, los cuales se dispersaron por la ciudad y asaltaban, violaban y mataban a la gente.

Un anciano gordo de unos ochenta años, dueño de la casa donde vivía la joven familia, tranquilizaba a Elena, que acababa de regresar de la ciudad, le prometía hacer todo lo posible para trasladarla a la ciudad Sochi. Buscar a Igor ya no tenía sentido. El viejo tampoco aconsejaba ir al puerto comercial, donde se preparaban para evacuar a la gente que estaba veraneando, porque allí podría ocurrir un verdadero tumulto. No faltaba que ella con su “panza” fuera a caer en ese desorden. El amarradero de la base marítima donde trabajaba su esposo, no quedaba lejos, pero aún a la mañana todas las lanchas y barcazas rusas se fueron en dirección a Gagra.

Esas reflexiones fueron interrumpidas por los gritos en el patio de la casa y el aullido de un perro tiroteado. Personas armadas con ametralladoras irrumpieron en la casa. Ellos tiraron al piso al viejo, dueño de la casa, maniataron a las dos mujeres jóvenes: a la sobrina del viejo y a Elena.

Un atrevido de baja estatura vestido con chaqueta, bastante usada y pantalón vaquero de color negro, con ojos redondos e inquietos, probablemente el más joven, habiendo terminado de violar a la sobrina del dueño de la casa, muy agitado, empezó a quitarle la ropa a Elena. Ella, tirada en el piso, se resistía como podía. Nadie podía ayudar al pervertido violador puesto que los demás estaban ocupados en otras cosas. Sacaban todo lo que había en los cajones de los armarios y de las cómodas y tiraban sobre una sábana blanca extendida directamente en el piso. Allí volaba toda la ropa bien doblada y planchada, los cubiertos y todo lo que caía a mano.

—¡Batono! —gritó fastidiado el joven violador—. ¿Qué hacemos con ésta? —Dándose vuelta hacia su jefe con charretera de teniente mayor de la guardia del Consejo del Estado de Georgia, especialmente pasando del idioma georgiano al ruso para que ella le oyera y entendiera—. Fíjate la barriga que tiene. ¿Qué hacer? ¿Fusilarla?

El principal hacía sus malandrinadas en el primer piso. El revisaba detenidamente los bultos ya atados con todos los trastos juntados, los cuales sus ayudantes tiraban desde arriba, de tanto en tanto daba una mirada maligna al dueño de casa que estaba sentado en una silla en el rincón de la habitación.

—Déjala, trae a las dos aquí y vete corriendo a buscar a otros. ¡Siempre tengo que enseñarte todo, mocosol!

El petiso “guardián” arrastró a las dos mujeres de los pelos por la escalera a la planta baja. Las tiró en el rincón donde estaban los plantones de uva, y las pateó con su bota varias veces a las dos. Hizo una escupida por el

disgusto de que no le resultó divertirse a gusto entre los tiroteos. Después se le ocurrió pararse en frente de las mujeres, y riéndose a las carcajadas orinó sobre ellas.

En esos momentos los otros sacaron al viejo al patio y empezaron a preguntarle de los armamentos que tenían los abjasios. Exigían tres millones, después uno, al cabo de media hora, otra vez exigían tres millones. Lo pegaban, largaban tiros al aire. Después de tanto pegarle, el viejo perdió el conocimiento. Entonces lo volvieron a la casa, lo arrastraron a la misma habitación, donde estaban tiradas en el piso su sobrina y Elena. Los georgianos encontraron una plancha eléctrica, lo desvistieron y comenzaron a maltratarlo. Eso lo hacían hasta la madrugada, recibiendo una satisfacción patológica. Pero no lograron conseguir el dinero que deseaban.

Por la mañana vino el “relevo”. Estaba compuesto por delincuentes. De nuevo comenzaron a pegar al viejo y exigirle un millón. Al ver a las mujeres con vida, se asombraron, les dieron vuelta con el rostro hacia arriba. Las mujeres martirizadas, ensangrentadas y sucias, de irreconocible edad, miraban a los sádicos. Los moretones sangrientos y los vestidos rotos, fuerte olor a orina que impactaba en las narices, neutralizaron los deseos sexuales de los violadores, que ya desde la mañana andaban borrachos. Al dueño de la casa de nuevo lo sacaron al patio, le pusieron esposas, con las cuales lo colgaron de una rama del árbol y durante largo tiempo lo seguían pegando, ya sin preguntar ni exigirle nada. Después abandonaron ese entretenimiento y comenzaron a matar gallinas e inyectarse morfina.

Mientras que en el patio continuaban maltratando al viejo, Elena estando acostada sobre su barriga, logró desatar sus manos y las de la otra mujer. Después, juntas se subieron al segundo piso. Por la ventana de su habitación Elena se bajó casi saltando a la tierra, directamente sobre las floridas ramas de hortensias. La sobrina del

dueño de la casa siguió a Elena. Ellas resolvieron tratar de llegar al amarradero militar.

En un día la ciudad cambió hasta lo irreconocible. Durante todo el día los helicópteros georgianos tiroteaban la ciudad. En los alrededores terminaban de quemarse las casas derrumbadas, a lo largo de la avenida se elevaban como antorchas las ramas quemantes de los árboles. Cerca del parque estaba parado un camión “Kamaz” con carrocería cubierta con lona impermeable. Allí —como en la carnicería— estaban apilados los cadáveres. Esos cadáveres llenaban la carrocería junto con atados de otros objetos, como sandalias, sombreros, medias y vestimentas. A pasos lentos y con dificultad iban las mujeres entre las casas destruidas, miraron uno de los patios y en un instante, como despavoridas, salieron de allí.

En ese patio vieron una fosa grande recientemente cavada. Desde ese pozo se oían llantos y voces de mujeres enterradas hasta el pecho, las cuales tenían en sus manos levantadas a los niños. Por los alrededores ida y vuelta caminaban personas armadas y que de tanto en tanto gritaban algo. Era difícil entender, si eran abjasios o georgianos... A lo mejor otros que se acercaron para prestarles ayuda a los abjasios y en ese momento se vengaban de los habitantes georgianos. El matadero era recíproco.

Casi al final de la avenida, por la cual en dirección al amarradero caminaban las dos mujeres martirizadas, vivía un georgiano. Su pequeño almacén de venta de vinos siempre estaba abierto para todos los que deseaban comprar. Ahora las ventanas de la casa estaban rotas, allí no más estaban tiradas botellas rotas y, entre éstas, los juguetes: trencitos, cohetes de goma, cochecitos de diversos colores, etc., también estaba tirado como al descuido el cuerpo de la esposa del dueño del almacén, en medio de un charco de sangre. La puerta del almacén daba directamente al malecón Rustaveli, el viejo georgiano estaba clavado a la puerta.

Hasta el amarradero quedaban unos cien pasos. No se veía ninguna lancha rusa. Únicamente una pequeña lancha que giraba ágil y cuyos cables de amarre entraban en la única barcaza que quedaba en el amarradero. La primera, llena de refugiados, hacía unos cinco minutos que había partido de allí. La arrastraba lentamente un remolcador, casi imperceptible desde la costa. En el amarradero se agruparon aproximadamente cuarenta ancianos y mujeres con niños. La segunda barcaza podría llegar ser la única salvación para ellos. El hospital flotante "Enisey", enviado desde Sebastopol para evacuar a los refugiados, acababa de anunciar su arribo al puerto Sujumi. Sin embargo, entre el hospital y la costa ya estaban explorando las lanchas georgianas con aletas subacuáticas. Por la avenida, en dirección al amarradero, avanzaban dos tanques, y por ambos lados caminaban, balanceándose y descomedidos, los "guardianes" del ejército georgiano...

Para salvarse, la gente saltaba a la bodega de la barcaza sobre las mandarinas, como si fuese sobre un colchón. Elena miró a su alrededor y se dio cuenta de que su compañera había desaparecido. Supuso que ya estaría en la barcaza, pero también pensó que ella se arrepintió y regresó a su casa para quedarse con su tío.

Habiendo subido a bordo por un caminito hecho de dos tablas finas, similar a una escalerilla, Elena trató de descender a la bodega, pero se resbaló y cayó directamente sobre la gente que se encontraba allí. A la mujer embarazada con cuidado la levantaron y la trasladaron a un lugar más seguro. Los refugiados que ya estaban en la barcaza, miraban unos a los otros con temor, pero al mismo tiempo con alegría. Suponían que ya pronto los sacarán de este infierno...

En la bodega de la vieja y herrumbrada barcaza se dispersaba pacíficamente, el aroma de mandarinas y nada les hacía recordar la guerra. Tal vez, únicamente los cartuchos de las balas en las manos de los chicos que se jactaban con sus trofeos unos ante otros.

Cuando apenas el remolcador alejó la segunda barcaza del amarradero, en el aire pasó volando un helicóptero militar, de nuevo se retornó el tiroteo de la ciudad. Los tanques giraron en dirección al puerto comercial, adónde se acercaba el hospital flotante “Enisey”, del lado del mar en dirección a las barcazas, rápidamente se acercaba un buque militar, y en la costa misma apareció un cañón no muy grande. Los georgianos, sin apurarse y con cuidado, comenzaron a instalar el cañón para disparar contra las barcazas. La primera de ellas, que ya se había alejado a una distancia prudente del amarradero, muy bien servía de blanco. La segunda barcaza acababa de zarpar del amarradero. El remolcador hizo funcionar la sirena, su fuerte sonido intermitente, parecido al grito de un ser herido y sin asistencia, cubrió el ruido de los helicópteros, el ruido de la oruga de los tanques y los desaforados gritos de los “guardias” que se situaron en el amarradero de la base militar de Rusia.

Sin fuerzas, ni deseos de entender o hacer algo, Elena permanecía acostada e inmóvil en el fondo de la bodega entre bolsas ajenas, y con indiferencia miraba el cielo. Allí cerca, de una rendija del herrumbrado metal, hacia el sol salía torpemente un descolorido cangrejo. Elena soportó todo lo que le fue posible, hizo todo lo que podía. Su oído, como si se hubiera desconectado. Sus pensamientos se concentraron en una sola cosa, es decir, en la criatura que esperaba. Además, ella deseaba que la barcaza la alejara de allí lo más pronto y lejos posible.

El proyectil lanzado por el cañón, de inmediato hundió la primera barcaza y junto con ella se llevó al fondo de la bahía de Sujumi decenas de vidas humanas. Sólo las mandarinas lentamente se balanceaban en la superficie del mar. Se veían miles de frutos redondos de color rojizo, anaranjado y algunos todavía verdes, que se parecían a una serpentina multicolor después de una alegre noche de Año Nuevo. La segunda barcaza se alejó de la costa y esperaba su suerte.

La lancha motora que se acercaba al amarradero del lado del mar, habiendo ocupado la posición entre la costa y la barcaza, entorpeció la marcha.

—¿Qué estás haciendo, idiota? —gritaba por el megáfono el oficial, moviendo con la pistola en la mano y disparando al aire... —¿Quieres provocar una guerra con Rusia, bestia? ¡Dale, tira directamente a mí! Apunta bien, no erres—, el oficial señalaba la bandera tricolor de Rusia, especialmente para poder, de alguna manera, distinguirse de los buques georgianos con la insignia de la marina rusa.

Elena reconoció al esposo por la voz, pero no podía ni siquiera moverse para poder darle una señal. El remolcador continuaba arrastrando tras suyo la barcaza, alejándola lo más lejos posible de los espantosos acontecimientos de las últimas jornadas, de la costa de la bahía de Sujumi con el cañón georgiano en el amarradero y la lancha motora con Igor.

Dos marineros de la lancha torpedera rusa lanzaron al mar círculos de salvamento. Después de que la primera barcaza fuera hundida, en la superficie, entre las mandarinas dispersas, en una y otra parte aparecían personas. Ellas se ingeniaban descubrir entre la mezcla anaranjada los círculos de salvamento, agarrarse de los mismos y remar torpemente con las manos en dirección a la costa. El sonar de la sirena del segundo remolcador y los horrendos gritos de aquellos que se escondieron en la bodega de la barcaza que se hundía, apagaban la voz del oficial. Igor seguía moviendo con la pistola y largando tiros de tanto en tanto, pero en su mente sonaban con insistencia las palabras memorizadas de la canción infantil, que en tiempos idos y en días de fiesta cantaba por la radio soviética una niña georgiana: “El cielo anaranjado, el mar anaranjado...” Hasta la costa quedaba no más de mil metros. De pronto se oyó una explosión aturdidora.

Fue que el comandante de la lancha torpedera, sin ningún cálculo ni medición, lanzó su último torpedo directamente contra el amarradero. Junto con el cañon georgiano volaron más de la mitad de los bolardos de amarre. No obstante el buque logró acercarse al amarradero destruido y afirmar la amarra con el cable longitudinal de la proa. Por el momento eso era suficiente. Sin esperar la finalización del amarre, los dos oficiales saltaron hacia la costa y entraron a correr por la Avenida León, al lugar dónde vivían sus familiares.

Igor, en estado sofocado, se acercó a la casa y se subió al segundo piso. En la habitación donde ellos vivían, no había nadie. Por todas partes quedaban sólo los muebles rotos y la ropa desparramada, las vajillas todas rotas y por la ventana se veían las ramas quebradas de las hortensias. Al descender, con espanto vió cómo en el patio la sobrina del dueño trataba de bajar del árbol el cuerpo del viejo.

—¿Dónde está Elena? —en voz baja preguntó Igor. El levantó al viejo y lo bajó de la rama del árbol. Pasó medio minuto, pero él no se atrevía mirar a la mujer con temor de ver en su mirada la verdad. Unicamente después de tapar con una frazada el cuerpo del viejo, ella levantó la cabeza y echó una rápida mirada a Igor y, mirando desinteresadamente hacia un costado, pronunció: “Está en la barcaza con mandarinas”. Todo quedó en claro. Si estaba en la primera barcaza, entonces habrá perecido, si en la segunda, estará navegando en dirección a Sochi.

Por la mañana, la ciudad de Gagra fue ocupada por los georgianos. Las tropas de desembarque lograron su propósito. A Abjasia la separaron de Rusia. Ahora todos los buques de Rusia, que se encontraban en la región de Gagra, gradualmente se retiraban al mar abierto y se preparaban a defender el hospital flotante con los refugiados de Sujumi. Ellos esperaban órdenes. Aleksey, el comandante de la lancha torpedera, naturalmente, comprendía que muy poco podía confiar en la vieja lancha. A bordo

tenían la mitad de los marineros que le correspondía, sólo dos oficiales, es decir, él y el médico que se encontraba en comisión de servicios, también les quedaba un torpedo de aviación. Tal vez por eso, infringiendo todas las órdenes, él con desesperación quería llegar a Sujumi para salvar a su familia. Y, cómo si tratara de convencer a sí mismo, muchas veces repetía en voz alta una misma cosa : “Una hora para allá, y una hora de regreso. La radio ya hace mucho no funciona. Nadie ni siquiera podrá entender nada”.

En el amarradero destruido, adónde regresó Igor, ya se reunieron cinco personas de la primera barcaza. Las levantaron los marineros. El teniente resolvió no preguntar nada a los salvados. Temía saber lo peor. De pronto alguien habrá visto a su Elena. No le quedaba otra cosa que esperar un milagro. Era necesario ingeniarse conducir la nave sin armamentos a través de la zona acuática del puerto comercial, lleno de buques militares georgianos, para poder salir al mar abierto. Y, desde allí, en dirección a Sochi, podrán alcanzar a la segunda barcaza...

Transcurrió más de media hora, sin embargo el comandante no regresaba. Igor muy nervioso, caminaba de aquí para allá, mirando en dirección a la avenida León. Al cabo de un minuto, la silueta solitaria de Alexey apareció a lo lejos, en el medio de la calle, después dio unos tres pasos más, se paró, y desordenadamente moviendo con las manos cayó sobre el asfalto. No se oían tiros, pero en unos instantes, la avenida estaba saturada de hombres armados con uniformes de “guardias” georgianos.

—¡Desamarrar! —inesperadamente para sí mismo, con una voz desahogada, gritó Igor. Se olvidó por completo de muchas cosas que correspondía hacer y revisar antes de dar una orden de ese carácter. Y, quizás, no las recordaba nunca.

La lancha a motor, con las cifras escritas de color blanco “067”, obedeciendo al único oficial que quedaba, a toda marcha se lanzó en dirección al mar abierto.